UNA HELADERÍA EN ORÁN

UNA HISTORIA SOBRE LOS PIEDS-NOIRS ESPAÑOLES EN ARGELIA

Durante los años de presencia francesa en Argelia (1830 -1962) el Oranesado fue una de las regiones más pobladas por ciudadanos españoles, llegando a alcanzar, e incluso a superar en número, a la de colonos de otras nacionalidades como la francesa, la italiana o la maltesa. Poco antes de la descolonización, se acuñó para todos estos europeos el término de *pieds-noirs[[1]](#footnote-1)*.

Muchos de aquellos españoles, que dejaron su impronta en la ciudad argelina de Orán, la siguen recordando hoy en día como la tierra de su infancia y, en cierta forma, como su patria perdida.

La historia que aquí se cuenta podría ser la historia de algunos de esos *pieds-noirs*.

Capítulo 1

Denia, Alicante

2005

El agua caía con fuerza, formando pequeños cauces que descendían por las sinuosas curvas de la carretera. El cielo estaba tan cubierto que apenas se adivinaba la cima del Montgó en aquella mañana en la que la peor de las tormentas parecía descargar sobre sus cabezas. Mario llevaba, al menos, dos horas levantado y, a pesar de ello, aún no había logrado salir de casa con sus tres hijos para llevarlos al colegio. Había conseguido hacerles dos coletas a sus hijas de siete años y ahora se encontraba enfrascado en la ardua tarea de encontrar un paraguas con el que cubrir a su prole desde la puerta de entrada hasta el coche, sin que llegaran calados hasta los huesos. El otoño había sido terriblemente seco, siguiendo a un verano en el que no había caído una sola gota de lluvia. Así que los paraguas se encontrarían, a buen seguro, olvidados en algún remoto lugar de aquella desordenada casa a la que llamaban hogar. Cuando finalmente los encontró, empujó a sus hijos hasta la puerta, cobijó a las niñas bajo su paraguas y ofreció el otro al adolescente gruñón en que se había convertido su primogénito. Este hizo un gesto desdeñoso, lo que le granjeó una espectacular reprimenda por parte de su padre, que ya comenzaba a perder la paciencia con tanto contratiempo. Cruzaron los escasos veinte metros que separaban el porche del vehículo y entraron precipitadamente. Cuando acababa de arrancar el motor, una de las gemelas comenzó a gritar y a llorar porque, según decía, se había olvidado el almuerzo en la mesa de la cocina. Era la gemela despistada. Mario bajó del coche refunfuñando y corrió a buscarlo. En el camino de regreso, se cruzó con su hijo que, sin cubrirse lo más mínimo y en mangas de camisa, arrastraba los pies en dirección a la vivienda.

⎯¿Se puede saber a dónde vas ahora? ¡Llegaremos tarde! ¡Y, además, te estás empapando!

⎯Voy a buscar mi *i-pod⎯*respondió conun farfullo, apenas comprensible.

El proceso de ponerse en marcha se estaba alargando demasiado. Un día más, llegarían al colegio cuando las puertas se hubieran cerrado. La escuela internacional se encontraba a unos veinte kilómetros de allí, la distancia suficiente como para que una de las niñas se entregara con esmero a la labor de hacer perder los estribos a su hermano quien, por otra parte, nunca decía que no a una buena discusión. La gemela había insistido en practicar la melodía de flauta de la que iba a examinarse ese día, hasta que el chico se la arrebató, amenazando con golpear a la niña con ella en la cabeza.

Aparcaron lo más cerca que pudieron de la entrada y se apearon. El cuerpo de Mario adoptó la forma de una criatura con todo tipo de extremidades prensiles, una capacidad que había desarrollado desde que se había convertido en padre y, de forma inexplicable, fue capaz de sujetar de una sola vez las mochilas rosas, una cartulina enrollada que contenía el trabajo de ciencias de una de las pequeñas, una flauta y, con la mano que le quedaba libre, el mango del paraguas que el viento intentaba arrastrar con furia y que amenazaba con hacerlo trizas. Finalmente, y para asegurarse de que con tanto trasiego no la perdía, se puso la llave del coche en la boca.

“El cielo ⎯pensó⎯ debe de ser un lugar en el que reina el silencio, donde nadie va con prisa y nadie va cargado”.

En su precipitada carrera, una de las pequeñas tropezó y cayó de rodillas sobre un charco. Por desgracia, se trataba de la gemela presumida. Así que, como colofón a aquella accidentada mañana, hubo que añadir el berrinche de la criatura cuando observó, horrorizada, que tenía el uniforme cubierto de barro. Tras pasar un buen rato llorando y pataleando, jurando y perjurando que no se quedaría en el colegio con semejante facha, una de las profesoras consiguió tranquilizarla y llevársela hasta su aula.

Lo peor del día parecía haber concluido. O al menos eso era lo que Mario esperaba.

Durante el trayecto de vuelta a casa, fue haciendo un repaso mental de todas las tareas que tenía pendientes. Mario era informático y trabajaba desde el despacho que había habilitado en el ático de su casa, una vivienda unifamiliar situada en la antigua carretera que comunicaba a Denia con Jávea. Durante los primeros años, se consideró un afortunado por poder ejercer su profesión sin moverse de allí pero, últimamente, lamentaba profundamente haber tomado esa decisión. Esa sensación se acentuaba cuando veía a su mujer salir cada mañana de casa para ir al trabajo, dejándole con sus tres hijos y el complejo objetivo de llevarlos hasta el colegio, desayunados, perfectamente vestidos y con los dientes limpios. Se pasaba el resto del día trabajando y sin hablar con nadie, a lo sumo una breve conversación laboral por teléfono. Había mañanas en las que ni siquiera se tomaba la molestia de afeitarse. Un buen día llegó a la conclusión de que trabajar desde casa tenía más ventajas para su familia que para él mismo.

Entró en la vivienda y parecía que una catástrofe nuclear la hubiera asolado. Hacía escasamente una hora que los gritos y las carreras habían llenado aquel espacio en el que ya solo quedaban las secuelas del frenético despertar familiar. Platos apilados en el fregadero, un reguero de migas que iba desde la mesa de la cocina hasta el salón, pasando por la entrada. Muñecas olvidadas por los lugares más insospechados. Se compadeció de la empleada de hogar que habían contratado y se preguntó cuánto tiempo tardaría esta última en despedirse, alegando alguna desgracia familiar, en algún recóndito lugar, como habían hecho las dos últimas.

Se sirvió una taza de café bien cargado y subió a la buhardilla. Mientras los equipos informáticos arrancaban descansó su vista sobre el calendario que tenía colgado en la pared de su zona de trabajo. Un círculo de rotulador rojo llamó su atención sobre la fecha exacta que señalaba el día del cumpleaños de su madre. Tan solo quedaban dos semanas y aún no había tenido una sola buena idea sobre qué regalarle. El tiempo transcurre de forma vertiginosa cuando se tienen hijos. Generalmente, era su mujer la que se ocupaba de obsequiar a su madre en las fechas señaladas. Sin embargo, en esta ocasión, no se trataba de un cumpleaños cualquiera. Su madre estaba a punto de cumplir sesenta años y no quería despachar el día con otro perfume o con alguna prenda de vestir que, a buen seguro, cambiaría al día siguiente en la misma tienda. Comenzó a garabatear sus ideas en una libreta: un par de noches en un balneario; unas entradas para ir al teatro; un curso de pintura, … Estas ideas, aun siendo algo más originales que las que solía tener, no terminaban de encajar con la personalidad de Juana. ¿Cuáles eran las cosas que realmente le hacían ilusión? A su mente acudió la imagen de su madre cuando se sentaba a ver sus viejos álbumes de fotos con sus nietos, mostrándoles las imágenes de su infancia en Argelia. Pasaba las yemas de los dedos con suavidad sobre aquellas fotografías en blanco y negro, pareciendo acariciar un pasado tan remoto como querido. Fue entonces cuando creyó tener un momento de inspiración. Le regalaría un viaje a Orán, la ciudad de su infancia.

Tecleó en el ordenador los criterios de su búsqueda y pasó un buen rato hojeando vuelos y posibles alojamientos en la ciudad. El resultado le pareció decepcionante. Los hoteles eran escasos y de dudosa calidad, lo cual le sorprendió porque aquellos álbumes le habían mostrado una ciudad magnífica, de grandes avenidas, edificios monumentales y espectaculares playas a orillas del Mediterráneo. De hecho, la idea que tenía de Orán era la de una típica ciudad de la costa francesa. Sintió curiosidad por ver el aspecto que tendría la urbe en la actualidad y se entretuvo curioseando las pocas imágenes en color que había colgadas en la Red. Fue de esta forma tan casual como dio con una página que llevaba el evocador título de “*L’Oran de notre enfance”*, en la que los europeos expatriados de Argelia tras la guerra de independencia compartían sus recuerdos y sus vivencias. Se trataba de un puro canto a la nostalgia. Estaba plagada de imágenes en blanco y negro que recreaban los mismos lugares en los que su madre había crecido. Algunos de ellos, incluso, le resultaban familiares y hasta reconocibles. La información estaba organizada en diferentes secciones de entre las cuales captó su atención la denominada “Busca a tus seres queridos”. Como su nombre indicaba, se trataba de un apartado en el que muchos *pieds-noirs* intentaban retomar el contacto con personas de las que llevaban años sin tener noticias. La mayoría de estos internautas tenían apellidos españoles y algunos acompañaban su breve reseña con una fotografía del ser querido al que intentaban localizar. De repente, sintió que el corazón le daba un vuelco al reconocer una de aquellas imágenes. Era idéntica a la que su madre exhibía orgullosa sobre el aparador del salón, su particular galería de los recuerdos. En ella, una joven Juana posaba en traje de baño junto a un par de amigos, una chica de tez oscura y ojos claros y un muchacho de pelo pajizo y aspecto serio. En el pie de foto, una frase esperanzada rezaba: “Estoy buscando a Juana Soler. Su familia tenía una heladería en Orán…”

No había duda posible. La joven de la fotografía era su madre.

1. Pies negros. [↑](#footnote-ref-1)